

# Historia conceptual, Histórica y modernidad velocífera: diagnóstico y pronóstico de Reinhart Koselleck

FAUSTINO ONCINA COVES  
Universitat de València

## I. *De la Historia del Concepto al Concepto de Histórica*

Es innegable que Reinhart Koselleck y su proyecto intelectual han adquirido un inusitado y creciente lustre entre nosotros<sup>1</sup>, si bien han dejado su estela de manera diferida, acaso porque su irrupción por estos lares a mediados de los sesenta pudo dar la impresión, no del todo infundada, de estar ideológicamente amañada. Pero lo cierto es que su pensamiento, sometido a una fructífera maduración, a menudo inducida tanto por sus detractores como por sus mismos correligionarios, no ha perdido lozanía y sí ganado prestancia. Desde el primer trabajo de campo —su polémica disertación<sup>2</sup>— y la articulación programática de la historia conceptual, con su aplicación al monumental *Conceptos históricos fundamentales. Léxico histórico del lenguaje político-social en Alemania (GG)*, hasta la Histórica, Koselleck no ha seguido un itinerario abrupto, sino que insiste en que su teoría de los tiempos históricos le ha acompañado de continuo como cuaderno de bitácora, obviamente no siempre con igual clarividencia<sup>3</sup>: «A la historia conceptual le compete medir y estudiar esta diferencia o convergencia entre conceptos antiguos y categorías actuales del conocimiento. En este sentido... la historia de los conceptos es una especie de propedéutica para una teoría científica de la historia; la epistemología de la historia conduce a la Histórica»<sup>4</sup>.

La historia conceptual se vio apremiada en sus inicios por la necesidad de autoafirmación frente a otros enfoques, especialmente frente a neokantismo e historicismo, aunque empezó a consolidarse en su segunda generación, en los círculos que se formaron en Heidelberg y en Münster en torno a Gadamer, siempre presto para la rehabilitación de Heidegger, y J. Ritter, bajo el irresistible embrujo de Carl Schmitt. Si los padres fundadores, R. Eucken y después E. Rothacker, impulsor en 1955 del *Archivo para una historia conceptual (AB)*, todavía primaban la historia de la terminología y la relegaban a una posición subalterna respecto a la filosofía sistemática, sus sucesores exoneran a la *Begriffsgeschichte* de su función meramente auxiliar, destacando su protagonismo y su dinamismo: el concepto tiene historia y ella es, se dice enfáticamente, filosofía<sup>5</sup>. La hermenéutica gadameriana y el *Collegium Philosophicum* de Ritter enaltecen su rango, y un discípulo del último comienza a darle la pátina política de la que a partir de entonces hará gala. Hermann Lübbe (junto a K. Gründer y O. Marquard, conspicuos del-fines del catedrático de Münster) define los conceptos como «esquemas de orientación y de acción para la praxis y la teoría», de modo que en ciertas situaciones se han vuelto significativos menos por su fuerza de manifestación de la realidad que por la provocación para la formación de frentes idealpolíticos<sup>6</sup>. Anticipa el carácter bifronte de los conceptos en

Koselleck, su doble dimensión de índice y factor.

Gründer, al integrarse en el gremio de coeditores del *AB*, estampará el sello de la legítima historia conceptual en el diccionario de Ritter y en el léxico de O. Bruner, W. Conze y Koselleck<sup>7</sup>. En el volumen a partir del cual dirigen la revista Gründer, Gadamer y Ritter, éste publica «Ideas dominantes y principios fundamentales del Diccionario histórico de la Filosofía», donde apostaría irrevocablemente del *Diccionario de los conceptos filosóficos* de Eisler, aparecido en 1897, pero de recalcitrante longevidad editorial, el cual discrimina entre lo susceptible de exactitud, los conceptos claros y distintos, y la ganga histórica. Ritter y Gadamer, frente a la preeminencia que Eisler concede a las ciencias de la naturaleza, despiertan de su letargo a las del espíritu. Pero no sólo por apostar por esa diferente relación de fuerzas en la discusión sobre el lugar de la filosofía en el conjunto del saber van contracorrente, sino que tampoco celebran la bonanza de una *mathesis universalis* y de un fiscalismo remozados, y la historia conceptual *ortodoxa* se emplea a fondo en favor de «una nueva conciencia crítica que desde entonces debe acompañar a todo filósofo responsable, y que coloca a los hábitos de lenguaje y pensamiento... ante el foro de la tradición histórica a la que todos pertenecemos comunitariamente». Esta trabazón entre historia conceptual y responsabilidad<sup>8</sup>, en la que ha abundado Gadamer y que ha abonado la semántica histórica de Koselleck, aboga por una metacrítica, esto es, por una crítica de la crítica por antonomasia, la incubada en la época de la Ilustración. Puesto que la crítica aboca irremisible e irresponsablemente a la crisis (*M*, p. 75), la Ilustración a la Revolución, y la modernidad es su heredera, resulta perentoria su rectificación por las patologías que ha generado —luego se trata de una patogénesis<sup>9</sup>— ese tránsito. En el singular colectivo *Geschichte*, forja-

do en el siglo XVIII, se reúnen simbióticamente la apología de la absoluta disponibilidad humana de la historia y la coacción que ejerce esa *divinidad temporalizada* para asignarle sentido, con la consiguiente abdicación de responsabilidades tanto por los actores como por sus exégetas: «la historia se distingue porque la previsión humana, los planes humanos y su ejecución se disocian siempre en el curso del tiempo. Guardémonos de rechazar en bloque la expresión moderna de la factibilidad de la historia. Los hombres son responsables de las historias en las que están implicados, sean o no culpables de las consecuencias de su acción. Los hombres deben responder de la inconmensurabilidad entre intención y resultado, y es eso lo que le confiere un sentido profundamente auténtico al dictum “hacer la historia”» (*FP*, p. 262). Tal cruzada contrailustrada, con sus matices, es una tónica constante de mandarines y delfines de la que hemos denominado con cierta laxitud segunda generación.

La hermenéutica ha llevado, espoleada por Heidegger y su destrucción de la ontología tradicional —que arrastra con ella varias aproximaciones a la sazón vigentes (véase el epígrafe § 6 de *Ser y tiempo*)—, a la historia conceptual a punta de lanza, deslindándola de la *historia de los problemas* (*Problemggeschichte*) neokantiana y de la *historia del espíritu* (*Geistesgeschichte*) diltheyana, del entumecimiento de una nueva dogmática (aunque reclame la patente del criticismo) a guisa de *philosophia perennis* y de la relativización historicista. Gadamer aprecia en la inflexión ontológica heideggeriana (entendida como modo de ser) un avance respecto a la metodológica diltheyana (entendida como modo de conocer). Esta última, amén de no disimular la psicologización de la filosofía —cuya historia queda reducida a la comparación de las cosmovisiones engendradas por una tipología de personalidades—, incurre en el anacronismo y en la

empatía, en la transposición histórica o psíquica del sujeto en el objeto, que presupone la erradicación de prejuicios y vivencias del primero para no viciar la cientificidad del conocimiento. Koselleck no sólo comparte semejante recusación, sino que le debe a su maestro —merced a la cesura que ha establecido entre palabra y concepto— la posibilidad de tender un puente entre el rechazo de la univocidad y la exigencia de una ética de la responsabilidad. Aunque tanto palabras como conceptos son polisémicos, éstos no pueden devenir unívocos; y los fundamentales son, además, esencialmente controvertidos<sup>10</sup>. La concentración de contenidos semánticos en los conceptos procede de la necesidad de expresar la multiplicidad de la experiencia histórica. Sólo el contexto suministra razones para decidir una interpretación en su inextirpable equivocidad. Por eso el significado de los conceptos no puede obtenerse fuera de su uso en la sociedad (*FP*, p. 109), e incluso en grupos de intereses. Mas al atenerse a dicha premisa metodológica se describe el frecuente abuso de las consignas y se prescribe que tal uso debe ser responsable. Ya Lübbe había hablado de la saludable función terapéutica, depuradora, de la historia conceptual (*S*, pp. 13-14), habida cuenta del empleo licencioso de determinadas nociones (piénsese, p. ej., en los turbulentos años en que todo era planteado y despachado por vía «dialéctica»). Para Koselleck también ella ha de coadyuvar a acendrar nuestro vocabulario y, por ende, nuestra autoconciencia política, pues el problema hoy estriba en que el discurso se ha vuelto tan teatral, tan formalista, tan behaviorista, que ya no se requieren clarificaciones conceptuales, y lo que así se pretende conseguir es, paradójicamente, incrementar la ofuscación, porque la precisión lingüística desmoviliza a los votantes (*P*, pp. 24-25). Esta mixtura de descripción y prescripción aflorará *nolens volens* en su teoría de la modernización,

que a la vez es una censura del rumbo que ha adoptado la modernidad.

No se puede preterir que, con independencia del peso real de cada uno, *GG* es una empresa en la que están involucrados dos profesores comprometidos con el régimen nazi —ha habido que asistir al patético espectáculo de su desenmascaramiento, inexplicablemente diferido—, si bien no tan estigmatizados como Carl Schmitt, el muñidor *par excellence*. El léxico estudia la convergencia, no la identidad, de concepto e historia en un período agitado, entre 1750 y 1850 (la llamada *Sattelzeit* o después, en un intento tan superfluo como estéril de depotenciarlo, *Schwelienzeit*), cuya trama semántica se aviene a un cuádruple criterio: temporalización, democratización, ideologización y politización. Un concepto es a la par retrospectivo y prospectivo, alberga experiencias habidas y apunta a expectativas por colmar. Registra a la vez que propulsa, y, por lo tanto, como afirmaba Lübbe, es teórico-práctico: «Un concepto no es sólo indicador de los contextos que engloba; también es un factor suyo. Con cada concepto se establecen determinados horizontes, pero también límites para la experiencia posible y para la teoría pensable» (*FP*, p. 118). En él se superponen varias capas, y el análisis de su sedimentación permite localizar lo contemporáneo y lo anticuado, aquilatar el grado de correspondencia o fractura entre un cuadro histórico objetivo y las visiones subjetivas coetáneas, y entre éstas y las nuestras. Tan peculiar estratigrafía nos enseña que el *tempo* de los conceptos, sin embargo, no es el de las estructuras sociales, sino que unos y otras contienen diversos estratos temporales con diferentes velocidades de cambio. Por eso la historia conceptual afronta la duración y mutación de los primeros y las segundas. Al socaire del *Grupo de trabajo de historia social moderna* de Conze, del que Koselleck asumirá la presidencia en 1986, dos décadas después de su integración en el mis-

mo, publica en 1967 las «Líneas directrices para el léxico de conceptos político-sociales de la época moderna»<sup>11</sup>, donde promueve las nupcias entre historia conceptual e historia social, labor que proseguirá a partir de 1975 en el *Centro de investigación interdisciplinar* de la joven y puntera universidad de Bielefeld, y aquí se halla el embrión de un equipo que se enfrentará a la problemática de los confines entre *lingüística* e *historia*. Mas la convivencia de estrategias sólo académicamente afines se torna complicada y el divorcio es inminente. La emergente historia social crítica de sus colegas J. Kocka y H.-U. Wehler recela pronto de una aproximación que siquiera en sus albores se declara tributaria de la historia social tradicional de Conze y Brunner, continuadora de la perversa *Volks-geschichte*, que ofició de escabel del pangermanismo nazi. La tentativa truncada de colaboración, cristalizada en la revista *Geschichte und Gesellschaft*<sup>12</sup>, acaeció en momentos de zozobra en la ciencia histórica, pues hace algo más de treinta años comenzaron a discutirse apasionadamente en Alemania (y Bielefeld se reveló como un foro especialmente idóneo para ello) algunas cuestiones básicas: Objetividad y parcialidad, procesos históricos —estructuras y acontecimientos—, narración y ficción en la historia, método (analítico o hermenéutico),... Casi simultáneamente, en 1974, surgió en Francia, por iniciativa de Jacques Le Goff y Pierre Nora, el proyecto de hacer un balance de las transformaciones habidas desde los años cincuenta en su disciplina (*Faire de l'histoire: I. Nouveaux Problèmes; II. Nouvelles approches; III. Nouveaux objets*), que derivó hacia un debate epistemológico con el trasfondo de las marejadas de las disputas sobre el estructuralismo y el marxismo. Con el tiempo la barruntada indigencia teórica<sup>13</sup> se ha convertido en una afrenta palmaria, que se ha internacionalizado, y hoy ya en ninguna parte existe una posición hege-

mónica incontestable (una «Gran Teoría» o paradigma), sino que más bien impera el pirronismo y se habla sin tapujos (incluso en el país vecino, donde los *Annales* de Marc Bloch y Lucien Febvre parecían ser un lugar de culto incommovible) de crisis<sup>14</sup>. La historia social crítica se propone como panacea, pero Koselleck se aleja cada vez más de ella y de sus adalides, quienes le auguran la muerte súbita o a lo sumo una vida efímera<sup>15</sup> a la *Begriffsgeschichte*. A causa de esta incertidumbre doctrinal general —sazonada con una sobresaturación de referencias cruzadas, a menudo más espectral que esclarecedora o enriquecedora— se torna aún más apremiante un diálogo sin desgaires ni sambenitos entre las distintas ciencias humanas empíricas y especulativas, especialmente entre la ciencia histórica y la filosofía. En la *Histórica*, una vez reformulados los lazos entre historia social e historia conceptual, dejando ésta de ser un satélite de aquella al conquistar mayor autonomía el lenguaje (*T*, p. 23), se arraciman todos estos ingredientes que penden del interrogante clave: ¿Hay una teoría histórica mínima? Es una pregunta que desafía, con una saludable dosis de escepticismo, tanto a quienes alertan sobre una excesiva epistemologización (Koselleck apela sin complejos a su trascendentalización) y se abandonan a una autocondescendencia pragmática como a la tendencia contraria, proclive a fundirse con la filosofía de la historia y su moralina (Koselleck denuncia el totalitarismo que ella ha propiciado junto con su reverso, el singular colectivo «Geschichte»). El interrogante se muda en este otro: ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de las historias, leídas al unísono como historias acontecidas e historias relatadas? ¿Dónde interfieren hoy praxis y teoría, y en qué medida precisa la empiria una filosofía? ¿O constituye ésta, cual injerencia contaminante, más bien una tentación que conviene resistir? Así parece sugerirlo, a pesar de su notoria

vecindad, en el caso de la hermenéutica de la facticidad y de la hermenéutica filológica<sup>16</sup>. Partiendo de categorías tradicionales, que denotan la impronta no sólo subliminalmente neoconservadora, pero de las que en absoluto cabe despedirse por su fecundidad heurística, importa peraltar los cambios en las percepciones del «tiempo», que tanto han incidido en la lógica de la investigación y de la exposición. En la clásica discusión sobre la objetividad se ha producido un viraje —no sólo por el influjo del «*lingüistic turn*», que ya entrañaba un «*rhetorical turn*»— al plantearse incluso si lo histórico posee títulos de verdad o la historiografía es a la postre sólo un ejercicio literario. Subsisten aquí lazos complementarios, mas siempre lo bastante tensos como para impedir su ecuación.

La historia no es un simple efecto retórico, sino una realidad existente allende el lenguaje. Resulta posible indagar los hechos e informar de una manera fidedigna, si bien las decisiones de cómo interpretar las fuentes poseen un insoslayable sustrato teórico. La mediación lingüística no significa que todo sea sólo texto. Auschwitz no fue ningún discurso ni se infiere de *Mein Kampf* (HH, pp. 92-93), y juzgar el genocidio como tal equivale a trivializarlo. La Histórica, que desde sus orígenes forcejea con Heidegger y Gadamer, bosqueja relaciones elementales de oposición ancladas antropológicamente, que constituyen una primera delimitación respecto a ambos autores. La otra es la distinción entre lenguaje e historia, que choca con la aspiración hermenéutica de que todo lo que el hombre piensa y hace está condicionado lingüísticamente. A Koselleck le separa de su maestro en Heidelberg la pretensión de universalidad de la hermenéutica<sup>17</sup>, pues VM ve en ésta el «*fundamento de la Histórica*» (VM, p. 255). La Histórica como teoría universal de condiciones de posibilidad, también extra— y prelingüísticas, de historias no

puede considerarse «como un subcaso de la hermenéutica». Ha indicado, sin voluntad de exhaustividad, 5 pares antitéticos (matar/poder ser matado, amigo/enemigo, interior/exterior [secreto/publicidad], antes/después [padres/hijos], arriba/abajo [amo/esclavo]) como «una clase de categorías trascendentales de historias». Por una parte, la analítica existencial se le antoja insuficiente para derivarlas. Por otra, subraya la prelación de la Histórica respecto a la hermenéutica, que es una comprensión *reactiva* del acontecer prefijado teóricamente por la Histórica *provocativa*. La Histórica remite a procesos a largo plazo que no están acotados por textos en cuanto tales ni depositados en los testimonios, sino que más bien los inducen (HH, pp. 88, 92-93). Pero esta tabla, a diferencia de la de Kant, no la da por cerrada. Precisamente este autor comparece en todos los niveles del pensamiento de Koselleck, aunque se trata de una ubicuidad un tanto desubicada, puesta al servicio de una «urbanización de la provincia schmittiana».

## II. *Estratigrafía del tiempo:* *¿Cuán moderna es la modernidad?*

En CC hallamos una enojosa a la vez que sugerente lectura de la modernidad, en la que se mezclan elementos descriptivos y prescriptivos. Aquí empieza exponiendo la vía que conduce de la conciencia individual a las cruentas guerras de religión, para cuyo conjuro se instituye la razón de Estado. El fuero interno y la acción externa, el hombre y el súbdito configuran en adelante un estricto antagonismo. La razón moral aparece camuflada bajo el arcano o la hipocresía, madura en el seno de las alianzas secretas y en la república de las letras, consideradas epígonos —«mellizos históricos» (CC, p. 108)— de la conciencia atribulada en la que se había refugiado la moral por el asedio del absolutismo a la

espera de vengarse de éste. Ocultándose del Estado, las logias masónicas y las sociedades doctas —caladeros de los clubes jacobinos— le incoan un proceso que las hará salir de su refugio para invadir el espacio público. La crítica de las Luces se concibe como soberana y para ella todo poder del Estado es un abuso de poder. La filosofía de la historia anuncia el triunfo de la libertad, es la ejecución del plan urdido por la moral, y se torna ineluctable la Revolución. Es la crisis, que desemboca en el desmoronamiento del Estado absolutista en 1789. También la guerra será la secuela de la Revolución. La Ilustración siempre jalea una transposición de la mera crítica en modos de comportamiento político, que suelen traducirse en crisis bélicas. Mas, en contra del dictamen de Koselleck, ni la conspiración contra el Estado ni la alienación del poder con vistas a su usurpación son las dos únicas caras de la Ilustración. Ni Lessing ni Kant, ni la ontología de la masonería ni la historia profética, son instigadores de la Revolución, ni mucho menos de su crono apocalíptico y acelerado<sup>18</sup>.

La jacobinización de la Ilustración reclama invertir el proceso de desvertebración social. El diagnóstico cohonesta un pronóstico aún válido, pues todavía hoy nuestro patrimonio semántico sociopolítico está hipotecado por lo gestado en la *Sattelzeit*, en la franja temporal de 1750 a 1850<sup>19</sup>. La prioridad de este lapso obedece a que con la emergencia de la modernidad afloran las dos categorías estelares, los trascendentales por antonomasia: «nuestras dos categorías [experiencia y expectativa] señalan la condición humana universal;... remiten a un dato antropológico previo [el recuerdo y la esperanza], sin el cual la historia no es ni posible, ni siquiera concebible. [...]. Y con esto llego a mi tesis: la experiencia y la expectativa son dos categorías adecuadas para tematizar el tiempo histórico por entrecruzar el pasado y el futuro» (FP, pp. 336-337).

Ellas se han hecho ostensibles únicamente al alcanzar la máxima repulsión mutua por la explosión del progreso científico-técnico: «sólo se puede concebir la modernidad (*Neuzeit*) como un tiempo nuevo (*neue Zeit*) desde que las expectativas se han ido alejando cada vez más de las experiencias hechas hasta entonces» (FP, pp. 342-343). Estas categorías son aplicables a la conciencia moderna del tiempo. En el mundo campesino y artesano, el porvenir estaba varado en el pasado. Gracias al progreso, el horizonte de expectativa ganó una cualidad históricamente nueva, rebosante de utopismo y catalizadora de una aceleración desbocada. Pero lucha, guerra y enemistad no pueden ser desalojadas del mundo mediante el expediente taumatúrgico de la filosofía de la historia. La violencia tampoco se evapora en el ensalmo del progreso ni se sublima bajo la forma de conflictos sociales no trágicos o episodios propedéuticos, a lo sumo dialécticos, de una armonía que acabará imponiéndose. Schmitt ha aguzado la vista para la moralización autodestructora de la política y Koselleck, siguiendo su magisterio, ha hecho otro tanto para la normativización de la historia. Desconfían de su instrumentalización desvergonzada en favor de intereses capciosamente encubiertos, de la tentación de erigir la historia en tribunal o de aducirla como coartada<sup>20</sup>.

Tal como insinúa en la conversación que traducimos, Goethe se ha convertido en un venero de sus parejas categoriales. Ciertamente, es un sismógrafo de los deslizamientos en los *estratos temporales* que componen nuestra modernidad. La maldición fáustica de la parsimonia, la disolución de los vínculos entre el tiempo y el espacio —dimensiones que Koselleck pretende anudar, o re-anudar, con la metáfora geológica—, la subyugación de la prisa, son resumidas en un neologismo, coyunda de velocidad y Lucifer: *velociferino*. Lucifer seduce a la impaciencia con la cultura de lo veloz como elixir de la vida joven y

plena. El apresuramiento moderno se ha olvidado de declinar en pretérito y se ensaña con lo transmitido despacio: «No tengo más remedio que considerar que la mayor desgracia de nuestra época, de este tiempo que no permite que nada madure, es que devoramos cada instante al cabo de un instante, que arruinamos el día antes de que acabe, y que así vivimos siempre al día, sin engendrar nada»<sup>21</sup>. Por eso hay que atajar el desasosiego reinante, la exaltación de lo nuevo, el hedonismo de lo rápido y oponer a estas modernas servidumbres la cultura del retardo. Goethe y su perspicaz acólito diagnostican las patologías de la precipitación: la mediocridad y la entropía. La embriaguez de la celeridad, la aversión a lo sido, la amnesia simulada o la memoria selectiva prefiguran aquí las abruptas quiebras de la historia alemana. Los dos intentan una moratoria en la marcha alocada hacia la barbarie de la inmediatez, porque de otro modo se desintegra la condición del ser humano, que vive hacia adelante, pero sólo se entiende mirando hacia atrás. No debe extrañarnos que quien da fe de la incapacidad de evocación, se haya ocupado del estudio de una de las formas de que el recuerdo perdure: los monumentos. El lenguaje no es el único médium en el que la historia se coagula. La iconografía del culto a la muerte ha ingresado —como un corolario más de la *Histórica*— en el índice de temas de una semántica así ampliada y a ella se ha consagrado con denuedo últimamente en un grupo de trabajo en el *Centro de investigación interdisciplinar* sobre «Monumentos funerarios e imágenes de la muerte: entre arte y política». Koselleck ha saltado consecuentemente a la arena pública, participando con insólita vehemencia en las discusiones que preludivieron la decisión sobre el monumento conmemorativo del Holocausto, para subrayar que, si iba a ser auspiciado por los verdugos, debía recordar a *todas* las víctimas del terror nazi y no sólo a los

judíos. De lo contrario, se introduciría una inexcusable clasificación y jerarquización, justificando además así el pérfido criterio de selección de las SS<sup>22</sup>.

La estratigrafía posee una doble connotación: por un lado, mienta la superposición de planos en la experiencia, para concluir que lo habitual es un requisito de lo sorprendente, lo repetitivo de lo único, lo recurrente de lo singular; en suma, sin estructura no hay acontecimiento. De ahí se colige una arqueología del tiempo histórico que refuta el dilema historia lineal o cíclica. Por otro, también sirve para elucidar la relación entre lenguaje y actos de habla, semántica y pragmática. Ningún autor puede crear algo nuevo sin retrotraerse al corpus establecido del lenguaje, a los recursos lingüísticos creados diacrónicamente en el pasado próximo o remoto, y compartido por todos los hablantes y oyentes. Entender o ser entendido presupone un conocimiento previo de cómo ha sido usado el lenguaje. Todos los conceptos son actos de habla en una situación que no puede ser replicada, ocurren sólo una vez, pero son irreductibles a actos de habla individuales. La unicidad histórica de los actos de habla, que parece imposibilitar una historia de los conceptos, crea de hecho la necesidad de revisar nociones pretéritas. Al devenir fundamental un concepto, enmarca y restringe, aumenta y limita el vocabulario válido para las generaciones sucesivas. El reciclaje lingüístico asegura al menos un grado mínimo de continuidad, pero toda aserción acerca de continuidades en el empleo de conceptos debe ser apoyada por usos concretos e iterativos<sup>23</sup>.

Vale la pena meditar sobre la precitada connotación «arqueológica». De tan *presente* que está el *futuro*, ambos se han quedado sin porvenir. Semejante depreciación de los tiempos (el pasado dejó de interesar desde el siglo XVIII como vademécum vital instructivo y el futuro es un saldo que ahora se malbarata) acaso ha

coadyuvado, amén de otros factores, a la despolitización de los intelectuales y a la desecación de su fantasía. Mientras que en épocas anteriores las utopías sociales lamentaban el estancamiento de las condiciones y la manifiesta falta de futuro, hoy ocurre justamente lo contrario: nos sentimos no tan ávidos como ahítos de futuro. A la adicción le ha seguido la sobredosis. Si antiguamente se vivía dentro de unas coordenadas espacio-temporales estables, se transforma ahora el presente en un galope desbridado y sin rumbo, en un tránsito a *terra incognita*. Ni utopía ni ucronía. De aquí resulta una paradoja: Precisamente por estar abocado el presente al porvenir, desaparece el horizonte abierto del futuro, que se vuelve romo, vano y banal ideológicamente, que cesa de ser una alternativa a lo imperante. El futuro se ha ido ajando, porque siempre está ahí, cual tópico manido. Obviamente gana así pujanza una posición conservadora, a la defensiva, por maliciar que cualquier cambio político supone un trastorno; los agoreros presagian incluso la catástrofe ante cualquier amago de iconoclastia. Lo apocalíptico moviliza sobre todo a los fanáticos. Tras el agotamiento espacial de la utopía y su posterior sobreexplotación temporal, asistimos a la malversación del caudal utópico del tiempo, que ha dejado en barbecho la imaginación política. De lo primero nos ha advertido Koselleck (*ZS*, pp. 132 ss.); de lo segundo, sin embargo, no se ha quejado. Prudentemente, desea enderezar el curso frenético de nuestra civilización y ralentizar el ritmo vertiginoso de nuestros días: «Podría entonces suceder que una antigua determinación de relación volviera de nuevo por sus fueros: cuanto mayor sea la experiencia, tanto más cauta, pero también más abierta es la expectativa. Esto significaría, sin palabras grandilocuentes, que se habría alcanzado el fin de la modernidad en el sentido de un progreso óptimo» (*FP*, p. 356). Si todo se pone en

cuestión, si el futuro es ignoto, y lo es una vez calcinada toda la experiencia precedente, nos quedamos paralizados. Necesitamos presupuestos mínimos que se repitan para poder actuar. De ahí que debamos recuperar la historia como *magistra vitae*. Urge repoblar el presente con potencias compensatorias, con estabilizadores provenientes del pasado, con estructuras permanentes (*FP*, pp. 62-64, 152; *P*, pp. 11 y 23). Se trata de ensanchar los dominios de lo duradero y de reforzar lo institucional.

Desde sus respectivas atalayas del principio de conservación y del teorema de compensación, Gadamer y la pléyade de miembros del *Collegium* (Ritter, Lübke y Marquard) podrían confirmar diagnóstico y pronóstico. Gadamer invoca el «necesario recurso a la filosofía de la autorresponsabilidad», que ha de «hacerse consciente de los condicionamientos previos»<sup>24</sup>. *VM* denuncia la devaluación ilustrada del prejuicio (por respeto humano a otros), de la autoridad y la tradición, sin dar por ello su beneplácito al prejuicio por precipitación, al autoritarismo y al tradicionalismo (*VM*, pp. 338-353). El romanticismo acepta las reglas de juego de la Ilustración: la dicotomía *mythos-logos*, aunque su valoración sea distinta e incluso inversa, esto es, el culto idolátrico a lo nuevo se sustituye por el culto a lo viejo, pero implican «una misma ruptura con la continuidad de sentido de la tradición», sacrificando aquél el presente por mor del pasado y ésta haciendo lo propio con el pasado en nombre del futuro. Esa lábil equidistancia termina por esfumarse: «al margen de los fundamentos de la razón, la tradición conserva algún derecho y determina ampliamente nuestras instituciones y comportamiento. La superioridad de la ética antigua sobre la filosofía moral de la Edad Moderna se caracteriza precisamente por el hecho de que fundamenta el paso de la ética a la “política”, al arte de la buena legislación, en base a la ineludibilidad de la tradición. En comparación con esto la

Ilustración moderna es abstracta y revolucionaria. [...]. En todo caso, la conservación representa una conducta tan libre como la transformación y la innovación» (VM, pp. 349-350). Este propósito de enmienda rima con la optimización kosselleckiana de la modernidad al enjugar sus déficit con la rehabilitación del topos *Historia magistra vitae* y la decantación práctica de la *Histórica*, que no renuncia a intervenir estructuralmente, y, por tanto, a largo plazo, en el mundo, a transformar los datos previos responsabilizándose de los efectos<sup>25</sup>. Habermas ha sometido a un estrecho marcaje a todos los afluentes de la historia conceptual y a sus veredictos sobre la modernidad, acusándolos sin ambages de haberse alineado con la revolución conservadora y de velar intereses continuistas con el pasado más siniestro de Alemania<sup>26</sup>. La hermenéutica filosófica no se ha atrevido a rebasar reflexivamente el prejuicio, la tradición y la autoridad; la *Histórica* tampoco lo ha hecho con la estructura, con la institución, que, al igual que aquéllos, también han podido surgir de relaciones asimétricas y de la desviación de poder. Luego es justo deplorar que Koselleck no haya injertado una metahermenéutica en su metahistoria, cuando su instrumental lo permitía: Entre historia y lenguaje, entre acción y discurso, entre lo que ocurre y lo que se dice sobre ello, entre estructura y concepto no existe un encaje perfecto, sino un desajuste sempiterno, y semejantes estridencias constituyen la ambrosía de la crítica de las ideologías. Lo ha atisbado en el terreno de la historiografía, donde son los perdedores, los vencidos (desde Heródoto y Tucídides hasta Marx), los principales innovadores, pues no se dejan llevar por la inercia de la acomodación, sino que ambicionan desentrañar las causas de su derrota. Las explicaciones dadas ya nos les convencen, y su esfuerzo en pos de alternativas les conduce a la reescritura de la historia (ZS, pp. 67 ss.). Las instituciones son capaces de aprender,

pero ellas, coriáceas por naturaleza, sólo reaccionan si se les brindan opciones.

Cada vez gira más rápido el carrusel del futuro, del futuro presente (*Gegenwartsukunft*), al que le es intrínseco una soteriología del ahora, cuyos coetáneos lo quieren todo y lo quieren ya. Ante este penoso ejemplo de autodenigración, ¿qué ocurriría si redujera la velocidad y redescubriese ese precioso airbag, la lentitud? Un dulce sueño (ZS, p. 221). Esta segunda generación ensalza al *homo compensator*, un virtuoso del equilibrio, un contemporizador, un utópico maduro y experimentado, que está de vuelta de la moda de las utopías y que no confía sino en lo calmo y familiar, en lo rutinario y ritual. La tarea del conservador estriba en frenar el tempo de la maquinaria destructora de esa nueva superstición del progreso exponencial —detenerla es imposible— y en restituir el derecho a su pervivencia a tradiciones de valor acreditado. Mas ¿no se puede trocar a su vez el afán de ralentización en un empecinado aferrarse al *statu quo* y hasta en opilación irresponsable? ¿Hemos de buscar la etiología de tan desalentador fenómeno en una lucha entre universos desacompañados e irreconciliables, en la contemporaneidad de lo no contemporáneo? ¿Tenemos frente a frente, y sincrónicamente, sociedades modernas y otras arcaicas, culturas vanguardistas y otras atávicas? ¿O es más bien la globalización de la relampagueante modernización occidental la que ha dejado sin resuello y en la cuneta a quienes no han podido seguir su ritmo acelerado hasta el paroxismo, y ha fomentado un encono entre adelantados y rezagados, entre arribistas y desclasados? En tal caso, el terror no procedería de fuera del sistema, sino que sería inherente a éste y la esperanza de la paz habría quedado hecha añicos, suplantada por la ubicuidad microscópica o macroscópica, molecular o estatal, de la violencia. Pero ¿hay que ser schmittiano para reconocer esto?

## NOTAS

<sup>1</sup> Es importante reseñar el eco que tuvo la celebración en Vitoria-Gasteiz y Bilbao del V Congreso de Historia de los Conceptos organizado por el Instituto Universitario de Historia Social Valentín de Foronda desde el 30 de junio al 2 de julio de 2003 bajo los auspicios del *History of Political and Social Concepts Group*. Previamente, en 1997 y 2002, hubo sendos encuentros, con sus propias peculiaridades, dedicados a la historia conceptual y la filosofía política en Valencia y Alcalá de Henares. Un trabajo muy rico en información sobre estos y otros simposios internacionales, además de sobre las investigaciones que han propiciado, se lo debemos a Javier Fernández Sebastián, «Historia de los conceptos. Nuevas perspectivas para el estudio de los lenguajes políticos europeos», en *Ayer*, núm. 48, 2002, pp. 331-364. Una publicación especialmente receptiva a este enfoque en nuestro país es *Res publica. Revista de la historia y el presente de los conceptos políticos*, nacida en 1998 y dirigida por José Luis Villacañas.

<sup>2</sup> *Kritik und Krise. Eine Studie zur Genese der bürgerlichen Welt (CC)*, Freiburg/München, Karl Alber, 1959 (ed. cast., *Crítica y crisis. Un estudio sobre la patogénesis del mundo burgués*, Madrid, Rialp, 1965 —citaremos por esta versión—).

<sup>3</sup> En *Zeitschichten. Studien zur Historik (ZS)* (Frankfurt, Suhrkamp, 2000) afirma el carácter primario de sus investigaciones sobre la teoría del tiempo, de las que son subsidiarias las relativas a la historia conceptual, la historiografía y la historia social (p. 10). Así lo corroboran, además de, p. ej., la entrevista que aquí traducimos, el prólogo a las sucesivas ediciones de bolsillo de su tesis doctoral —la primera data de 1973— («Vorwort zur Taschenbuchausgabe», Frankfurt, Suhrkamp, 8.<sup>a</sup> reimpr., 1997, p. IX) y «Zeit, Zeitlichkeit und Geschichte - Sperrige Reflexionen. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Wolf-Dieter Narr und Kari Palonen», en J. Kurunmäki y K. Palonen (eds.), *Zeit, Geschichte und Politik. Zum achtzigsten Geburtstag von Reinhart Koselleck (P)*, University of Jyväskylä, 2003, pp. 1-2. Aunque esta conversación tuvo lugar en febrero de 1999, Koselleck la revisó en marzo de 2003. La lectura de una versión mecanografiada de la misma, por la que cito, se la debo a la deferencia de Annita Kananen. Últimamente han proliferado las entrevistas a Koselleck, lo que delata el progresivo interés que despierta su planteamiento [«Entrevista. Índici del divenire. Reinhart Koselleck risponde a Edoardo Tortarolo» (*T*), en *L'Indice*, núm. 1, 1989, pp. 23-24; «Begriffsgeschichte, Sozialgeschichte, begriffene Geschichte. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Christof Dipper»

(*D*), en *Neue politische Literatur*, núm. 43, 1998, pp. 187-205; «Formen der Bürgerlichkeit. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Manfred Hettlich und Bernd Ulrich» (*M*), en *Mittelweg* 36, vol. 12, núm. 2, 2003, pp. 62-82; «Öffentlichkeit ist kein Subjekt. Reinhart Koselleck im Gespräch mit Renate Solbach», en *tablis. Jahrbuch für europäische Prozesse*, 2003].

<sup>4</sup> *Vergangene Zukunft. Zur Semantik geschichtlicher Zeiten*, Frankfurt, Suhrkamp, 1979; ed. cast., *Futuro pasado (FP)*, Barcelona, Paidós, 1993, p. 334. Remitiremos a esta edición, aunque sin atenernos literalmente a su traducción.

<sup>5</sup> Una genealogía de la historia conceptual, en la que se han tenido en cuenta sus variantes, la hemos expuesto en: «Historia conceptual y hermenéutica», en *Azafea*, núm. 5, 2003, pp. 161-190. Un esbozo somero de la misma también puede encontrarse en la *Introducción* (en colaboración con J. L. Villacañas) a R. Koselleck y H.-G. Gadamer, *Historia y hermenéutica (HH)*, Barcelona, Paidós, 1997, 2002<sup>2</sup>.

<sup>6</sup> *Säkularisierung. Geschichte eines ideenpolitischen Begriffs (S)*, Freiburg/München, Karl Alber, 1965, 2003<sup>3</sup>, pp. 16, 20-22.

<sup>7</sup> «Bericht über das "Archiv für Begriffsgeschichte"», en *Jahrbuch der Akademie der Wissenschaften und der Literatur*, Mainz, 1967, p. 77. Se refiere al *Historisches Wörterbuch der Philosophie (HWP)*, Basel/Stuttgart, Schwabe & Co, 1971 ss., y a *Geschichtliche Grundbegriffe. Historisches Lexikon zur politisch-sozialen Sprache in Deutschland*, Stuttgart, Klett-Cotta, 1972 ss.

<sup>8</sup> *Verdad y método (VM)*, Salamanca, Sígueme, 1991, p. 27; Ritter, *art. cit.*, *AB*, núm. 11, 1967, pp. 75-80 y su prólogo al primer volumen del *HWP* (pp. VII-VIII). En su autobiografía dice Gadamer: «En este campo [de la historia conceptual], el *Diccionario histórico de filosofía* fundado por Joachim Ritter, en cuyos inicios colaboré, significó un acicate para otros muchos estudios. Entre ellos, el *Archivo de historia de los conceptos* que publicamos Ritter y yo en compañía de K. F. Gründer... A mi juicio, la historia de los conceptos constituye una condición previa para todo filosofar responsable» [*Mis años de aprendizaje* (1977), Barcelona, Herder, 1996, p. 215].

<sup>9</sup> Koselleck confiesa sin rebozo que el auténtico mentor de su tesis doctoral fue Carl Schmitt (*P*, p. 2; *T*, p. 24; *M*, pp. 75-76), a quien se la dedica. Este trabajo, así como la voz «*Krise*» en *GG* (véase, p. ej., III, pp. 624-634), se encuentra bajo la nítida égida del jurista.

<sup>10</sup> H.-G. Gadamer, *Verdad y método, II (VM, II)*, Salamanca, Sígueme, 1992, pp. 92-93; R. Koselleck,

FP, p. 117; Ídem, «A Response to Comments on the Geschichtliche Grundbegriffe», en H. Lehmann y M. Richter (eds.), *The Meaning of Historical Terms and Concepts. New Studies on Begriffsgeschichte*, Washington D.C., German Historical Institute, 1996, p. 64. Son sumamente útiles los libros de M. Richter, *The History of Political and Social Concepts*, Nueva York, Oxford University Press, 1995; H. E. Bödecker (ed.), *Begriffsgeschichte, Diskursgeschichte, Metapherngeschichte*, Göttingen, Wallstein Verlag, 2002, y C. Dutt (ed.), *Herausforderungen der Begriffsgeschichte*, Heidelberg, Universitätsverlag Winter, 2003.

<sup>11</sup> «Richtlinien für das Lexikon politisch-sozialer Begriffe der Neuzeit», *AB*, núm. 11, 1967, pp. 81-89. Cfr. la *Introducción* al primer volumen de *GG* en 1972.

<sup>12</sup> Su manifiesto editorial es una obra de orfebrería por el sincretismo metódico y programático. La impronta koselleckiana es perceptible (deuda con la hermenéutica, estudio prioritario de las «revoluciones políticas e industriales que arrancan del siglo XVIII», investigación de «estructuras longevas y de procesos evolutivos a largo plazo», de sus cambios y duración). No obstante, *Geschichte und Gesellschaft* está claramente escorada hacia la *Teoría Crítica* francfortiana, al conectar la historia con la praxis social actual y concebirla como una «ciencia social histórica». Ésta puede contribuir a la «autoilustración del presente» y facilitar una acción racional de individuos y grupos..., cooperar en el diseño de formas humanas de convivencia... y en el desarrollo de una teoría de la contemporaneidad orientada históricamente a la par que relevante prácticamente» (vol. 1, 1975, pp. 5-7). Koselleck, tras sus discrepancias con los otros coeditores, se descolgó de la revista.

<sup>13</sup> «Über die Theoriebedürftigkeit der Geschichtswissenschaft», en *ZS*, 1972, pp. 298-316.

<sup>14</sup> Una sucinta descripción de esa situación la hallamos en G. G. Iggers, *La ciencia histórica en el siglo xx. Las tendencias actuales: Una visión panorámica y crítica del debate internacional*, Barcelona, Idea Books, 1998.

<sup>15</sup> La historia social crítica, imbuida de intereses cognoscitivos y actitudes axiológicas relacionados con el presente y con una orientación emancipatoria, y emancipada del lastre anterior a 1945, sospechó desde el principio que la *Begriffsgeschichte* no era sino otra versión del historicismo, pues en 1973 Koselleck asumía como «exigencia metódica mínima» la necesidad de captar el pasado en el médium de su propia conceptualidad, esto es, «en la autocomprensión del uso del lenguaje de las partes implicadas en los conflictos de entonces» (FP, p. 111). Esta asimilación es falaz y el propio Koselleck ha precisado a menudo que él profesa un «historicismo reflexivo» (*D*, p. 188). Las querellas han sido continuas y Wehler declara en 1979 que tan exangüe enfoque «ya a

medio plazo conducirá al callejón sin salida historicista» («Geschichtswissenschaft heute», en J. Habermas (ed.), *Stichtworte zur «Geistigen Situation der Zeit»*, II, Frankfurt, Suhrkamp, 1979, p. 725; cfr. Ch. Dipper, «Die “Geschichtlichen Grundbegriffe”. Von der Begriffsgeschichte zur Theorie der historischen Zeiten», en *Historische Zeitschrift*, núm. 270, 2000, pp. 282-283). Por otro lado, la tentativa de J. Kocka de redefinir la historia social como «historia total de la sociedad» ha despertado en Koselleck más reticencias que interés [«Sozialgeschichte und Begriffsgeschichte», en W. Schieder y V. Sellin (eds.), *Sozialgeschichte in Deutschland*, Göttingen, Vandenhoeck & Ruprecht, vol. 1, 1986, pp. 89-109; *T*, p. 23].

<sup>16</sup> En *HH* entró en buena lid con Heidegger y Gadamer. El camino de la finitud del *Dasein* a la temporalidad de la historia no fue seguido, aunque sí señalado, por el primero. Por eso acecha el doble peligro de una ontología transhistórica de la historia y de una filosofía de la historia convencional —la historia del ser teñida escatológicamente— centrada en los esquemas de declive y apogeo, de decadencia y ascensión (*ZS*, p. 299).

<sup>17</sup> Su coincidencia parcial radica en que «el lenguaje que compila la experiencia y preformula experiencias venideras, posee una capacidad limitada de integrar el mundo en su saber, en modos de comportamiento y en desafíos que orienten nuestra acción. Pero, en contra de la hermenéutica universal, el lenguaje ofrece sólo un aspecto de lo que el mundo real es posiblemente para los hombres». Las fuentes son siempre legibles en un doble sentido: en primer lugar, como fuente indicativa de lo que ocurre fuera de sí misma, y, en segundo lugar, como el modo en que el lenguaje articula lo que ocurre (*D*, p. 188).

<sup>18</sup> *CC*, pp. 339-340. Cfr. «Vorwort zur Taschenbuchausgabe», pp. IX-X. En varias ocasiones hemos argumentado nuestras disensiones con esta lectura sesgada de la Ilustración y de dos de sus más inclitos representantes [«El arcano: entre la postrevolución y la contrarrevolución», en R. R. Aramayo, J. Muguerza y A. Valdecantos (comps.), *El individuo y la historia*, Barcelona, Paidós, 1995, pp. 215-249; «La rivoluzione e la violenza della precipitazione: Il tempo della modernità in Kant», en C. Bertani y M. A. Pranteda (eds.), *Kant e il conflitto delle facoltà*, Bolonia, Il Mulino, 2003, pp. 231-251; «La modernidad velocífera y el conjuro de la secularización», Introducción a R. Koselleck, *Aceleración, prognosis y secularización*, Valencia, Pre-Textos, 2003, pp. 11-33].

<sup>19</sup> *GG*, I, pp. XIII-XXVII. La vinculación del arte del pronóstico con su proyecto de optimización de la modernidad reaparece en varios artículos de su último libro *ZS* (algunos de ellos han sido vertidos al castellano en *Los estratos del tiempo: estudios sobre la historia*, Paidós, Barcelona, 2001, y en *Aceleración, prognosis y secularización*, op. cit.).

<sup>20</sup> R. Koselleck, «Vom Sinn und Unsinn der Geschichte», en *Merkur*, núm. 577, 1997, p. 334.

<sup>21</sup> Carta a Nicolovius de noviembre de 1825 (*Goethes Briefe*, IV, Hamburg, 1967, p.159). Koselleck, en el precioso libro que le dedica (*Goethes unzeitgemäße Geschichte*, Heidelberg, Manutius Verlag, 1997), ha negligido esa carta. Un excelente complemento es el ensayo de M. Osten, *Alles veloziferisch oder Goethes Entdeckung der Langsamkeit. Zur Modernität eines Klassikers im 21. Jahrhundert*, Frankfurt, Insel Verlag, 2003.

<sup>22</sup> P, p. 21. Cfr. la bibliografía incluida en la nota 23 a nuestra traducción de la conversación. Koselleck ha examinado concienzudamente las modificaciones que se han producido en la iconografía de los caídos en combate desde la Revolución Francesa, formulando la tesis de que la única identidad que perdura es la identidad de los muertos consigo mismos, y el resto de identificaciones políticas y sociales se desvanecen con el tiempo. La entrada en la modernidad aporta dos novedades: En primer lugar, la desaparición del sentido trascendente de la muerte y la pretensión intramundana de sus representaciones; esto es, el ocaso de la interpretación cristiana que el camino expedito a interpretaciones sociales y políticas. En segundo lugar, a tal *funcionalización* se añade la *democratización*, es decir, si la representación prerrevolucionaria de la muerte era distinta según los órdenes sociales del más acá, tras la Revolución los monumentos funerarios se despojan de las diferenciaciones tradicionales.

<sup>23</sup> El principal mérito de la llamada Escuela de Cambridge es que ha de distinguirse la perspectiva semántica de la pragmática, y su principal objeción a Skinner y Pocock consiste en que privilegian la pragmática en detrimento de la semántica («A Response», *cit.*, pp. 63-66; P, p. 6). Además, hablar es un hacer, pero no toda acción es un acto de habla.

<sup>24</sup> C. Dutt, *En conversación con H.-G. Gadamer*, Madrid, Tecnos, 1998, pp. 97-99; VM, p. 27. Koselleck ofrece varios ejemplos de estas estructuras: las formas de organización, las fuerzas productivas y las relaciones de producción, las relaciones amigo-ene-migo, las circunstancias espacio-geográficas, las formas inconscientes del comportamiento, las consecuencias naturales de la generación que incluyen posibilidades para la formación de conflictos o para la fundación de tradiciones, las costumbres y los sistemas jurídicos... (FP, p. 144). En la conferencia que pronunció con motivo de la concesión del premio del *Historischen Kolleg*, titulada «cuán moderna es la modernidad», esto es, cuán nuevos son los nuevos tiempos, repara en los estratos de la tradición contenidos en nuestro presente (ZS, pp. 225-239; cfr. pp. 12 ss.).

Ritter le adjudicaba a las ciencias del espíritu el cometido de compensar las pérdidas del viejo patrimonio histórico por el efecto erosiónador de la constante modernización científico-técnica. A sus víctimas dichas ciencias ofrecen refugio al custodiarlas como

formas de saber y operar posibilitadoras de modernización (idea que fácilmente podría congraciarse con la koselleckiana de su optimización). Gadamer, no obstante, ha rechazado el teorema de compensación [Dutt, *op. cit.*, pp. 51-52; cfr. J. Ritter, «Die Aufgabe der Geisteswissenschaften in der modernen Gesellschaft», en *Subjektivität*, Frankfurt, Suhrkamp, 1974, pp. 105-140 (ed. cast., Barcelona, Alfa, 1986, pp. 93-123); H. Lübbe, «Pérdida de experiencia y compensaciones. Acerca del problema filosófico de la experiencia en el mundo actual», en *Filosofía práctica y Teoría de la Historia*, Barcelona, Alfa, 1983, pp. 155-172; O. Marquard, *Filosofía de la compensación*, Barcelona, Paidós, 2001].

<sup>25</sup> «En la historia sucede siempre más o menos de lo que está contenido en los datos previos, en las premisas de base (Vorgegebenheiten). Sobre este más o menos se encuentran y deciden los hombres, lo querran o no. Pero los datos previos no cambian por eso, y cuando cambian, lo hacen tan lentamente y a tan largo plazo que se escapan de la disposición directa, de la factibilidad» (FP, p. 266; cfr. HH, pp. 90-93).

<sup>26</sup> La antropología política que subyace a CC muestra su «conexión con el pensamiento de la revolución conservadora: como representantes de lo cual se considera a Carl Schmitt, a Hans Freyer y a Arnold Gehlen. [...]». Pero esta categoría de guerra civil se define negativamente por referencia a una organización del poder político, que encuentra en la persona del monarca absoluto su tipo ideal; al mismo tiempo supone que el restablecimiento del orden perturbado es algo deseable. Pero nosotros sabemos muy bien que bajo las condiciones sociales actuales *tal* orden sólo podría ser posible en forma de un Estado totalitario» [«Crítica de la filosofía de la historia (1960)», en *Perfiles filosófico-políticos*, Madrid, Taurus, 1975, pp. 389-390]. En la reseña que le hace al libro de D. Van Laak (*Gespräche in der Sicherheit des Schweigens. Carl Schmitt in der politischen Geistesgeschichte der frühen Bundesrepublik*, Berlín, Akademie Verlag, 1993) echa de menos que no le dedique una semblanza a Koselleck —sí, en cambio, a «Münster: das Collegium Philosophicum» y «Hermann Lübbe» (*op. cit.*, pp. 192-200, 276-281)— como uno de los valedores de Schmitt en la actual Alemania («Carl Schmitt en la historia de la cultura política de la República Federal. La necesidad de continuidades alemanas», en *Más allá del Estado nacional*, Madrid, Trotta, 1997, p. 130). Es cierto que Koselleck ha tratado a Conze con enojosa condescendencia («Werner Conze Tradition und Innovation», en *Historische Zeitschrift*, núm. 245, 1987, pp. 529-543), pero los historiadores han comenzado felizmente a desbrozar las miserias cómplices de los colegas. G. Aly (*Macht, Geist, Wahn. Kontinuitäten deutschen Denkens*, Berlín, 1997) se ocupa de dos presidentes de la asociación alemana de este gremio, T. Schieder y W. Conze. Véanse también las aportaciones del propio Aly, de

H.-U. Wehler y de J. Kocka a W. Schulze y O. G. Oexle (eds.), *Deutsche Historiker im Nationalsozialismus*, Frankfurt, Fischer, 1989. J. van Horn Melton ha destacado el compromiso de Brunner, el otro coeditor de *GG*, con el nazismo («Otto Brunner and the Ideological Origins of Begriffsgeschichte», en Lehmann y Richter, *op. cit.*, pp. 21-33) y G. Wolters («Der "Führer" und seine Denker. Zur Philosophie des "Dritten Reichs"», en *Deutsche Zeitschrift für Philosophie*, núm. 47/2, 1999, pp. 223-251) informa que Rothacker y Ritter fueron miembros cotizantes del NSDAP hasta mayo de 1945 (pp. 232-233).